

popularidad de las tasas ha bajado a mínimos históricos. Las pagan de mala gana los pobres y, aún más, los ricos. Sin embargo, todos quisiéramos una buena sanidad, una buena escuela, trenes puntuales y limpios, procesos judiciales veloces, una burocracia eficiente. Pocos impuestos y muchos servicios, eso es lo que queremos, el clásico “tener la bota llena y la mujer borracha”.

Los políticos lo saben y el conejo que todos los gobiernos sacan de la chistera se llama crecimiento. Es una cuestión de números. Si aplicamos una alícuota del 10% sobre una riqueza de 1000 se

ingresan 100, si aplicamos la misma alícuota a una riqueza de 10.000 se ingresan 1000. La misma alícuota logra generar un rendimiento más alto en la medida en que crece la tarta de la que se obtiene. De aquí la conclusión de todos los gobiernos, ya sean de derechas o de izquierdas: “¿queréis muchos servicios y bases alícuotas fiscales? Entonces, hagamos crecer la economía”.

Mientras había margen de crecimiento el razonamiento era impecable, pero ¿cómo arreglárnoslas ahora que ya no podemos crecer más, sino que hemos de reducir?

## 9. La economía de las tres casas

Para conjugar sostenibilidad, pleno empleo y derechos para todos, se necesitan tres cambios: político, cultural y organizativo. Desde un punto de vista político se trata de volver a definir las rutas preferentes de la economía: ¿lo público o lo privado? ¿local o global? ¿grande o pequeño? ¿lento o veloz? ¿centralizado o repartido? La primera impresión es que el *buenvivir* requiere más solidaridad, menos mercado, más local y menos global, más autogestión y menos dinero, más colectivo y menos privado. Pero la experiencia nos ayudará a establecer si esta intuición es correcta.

Desde un punto de vista cultural, tenemos que disponernos a revisar nuestra forma de entender los grandes temas de la economía: el bienestar, la ciencia, la tecnología, la naturaleza. Por ejemplo, debemos convencernos de que el trabajo es un falso problema. Nuestra aspiración no es cansarnos, sino garantizarnos alimento, alojamiento, salud, instrucción y todas las demás necesidades de la vida. Como en el sistema mercantilista el único modo de satisfacer nuestras necesidades es mediante la compra y, dado que esta práctica requiere dinero, vivimos el trabajo como una cuestión de vida o muerte. Pero si encontráramos el modo de garantizar nuestras seguridades sin pagarlas, podríamos prescindir del trabajo asalariado y del crecimiento.

La dependencia del dinero también es un problema de ámbito político. Hoy la economía pública está doblemente atada al crecimiento: como para funcionar necesita dinero, para obtener dinero

necesita un elevado ingreso fiscal; y para garantizarse un alto ingreso fiscal necesita una economía del crecimiento. Una vez más el problema es el dinero y, una vez más, la solución es desembarazarse de él. Liberemos la economía pública del dinero y la libraremos de las cadenas del crecimiento. Este es un ejemplo que muestra la necesidad de afrontar la tercera gran transformación, la de tipo organizativo.

Cambio de estrategia, cambio cultural y cambio organizativo sólo son transformaciones posibles si volvemos a empezar desde el principio, si partimos de algunas preguntas de fondo: ¿para quién y para qué se debe organizar la economía? ¿para los mercaderes o para la gente? ¿para el tener o para el ser? ¿para el privilegio de unos pocos o para los derechos de todos? ¿respetando el planeta o en la óptica del saqueo? Si la respuesta es que la economía debe estar organizada para la gente, entonces tenemos que volver a pensar el programa económico a partir de las necesidades. Como se dirá mejor a partir de la pág. 17, las necesidades se dividen en dos categorías: necesidades fundamentales y deseos. Los primeros son derechos que hay que garantizar a todos, porque pertenecen a la dignidad humana. Los segundos son opcionales, dejados a la discreción de cada cual por corresponder a los gustos y exigencias personales. En consecuencia, los derechos pertenecen a la solidaridad colectiva y, los deseos, al mercado. De lo que se concluye que la economía se debe organizar distinguiendo objetivos e instrumentos. No un mismo

instrumento para todo, sino para cada objetivo el instrumento más apropiado. Exactamente como hace el carpintero. En su cajón tiene la sierra, el destornillador, el martillo. Cuando hay que cortar una tabla usa la sierra. Cuando tiene que remachar un clavo usa el martillo. Cuando ha de desmontar un mueble usa el destornillador. No usa el martillo para todo, si no, más que carpintero, sería un rompemuebles enloquecido.

Si en la economía capitalista las cosas no funcionan así, es porque el mercado se ha elevado al rango de dogma. Es el instrumento príncipe, la panacea para todas las situaciones, el eje en torno al cual gira toda la economía; y el tirano del que depende todo: nuestro trabajo, nuestro salario, el buen funcionamiento de la economía pública. En conclusión, es como si hubiéramos construido un edificio asentado sobre un único pilar.

Una dependencia absurda y peligrosa, no sólo porque cada vez que tenemos que construir una habitación nueva hay que desperdiciar cemento en reforzar el pilar central, sino, sobre todo, porque si el pilar se cae, se hunde el edificio entero. En época de recesión tocamos con la mano que la crisis no se reduce al mercado, sino que se extiende al sistema entero: el consumo se contrae, se hunde el empleo, los servicios públicos se tambalean.

Esta peligrosa dependencia no se debe a una ley natural, sino a la prepotencia de los mercaderes, que han obligado a la economía entera a que se estructure en torno a sus intereses. Tras ocho siglos de colonización estamos invadidos por la cultura mercantilista, razonamos sólo en términos de dinero, calculamos la riqueza nacional sólo en términos de mercancía, no imaginamos más espacio económico que el mercado y la compra-venta. Ya nuestro pensamiento se ha hecho unidimensional. No concebimos más actitud que la avaricia, la ganancia individual, la búsqueda del beneficio. Valores como don, gratuidad, amistad, solidaridad, están olvidados, incluso ridiculizados, cosas de niños que van a catequesis. Hasta el papel de la política ha cambiado. Hace tiempo su tarea era gestionar la cosa pública a favor de los ciudadanos. Hoy, su tarea es sostener el mercado, garantizarle espacio de crecimiento, concederle que funcione sin más vínculos que un falso respeto a su código de honor que, al final, se resume en la competencia. Al mercado



siempre se le perdona, se le justifica, se le apoya, incluso cuando pone en riesgo la estabilidad del sistema en nombre de la avaricia. Hemos tenido ya una prueba con la crisis financiera del 2008: los gobiernos de todo el mundo han desembolsado centenares de miles de millones de euros para sostener a los bancos en riesgo de quiebra por gestionar el dinero de sus propios clientes como jugadores de póker. Y ni un solo ejecutivo ha sido procesado.

El único camino –tanto en la economía pública como en nuestra vida privada– para librarnos de la obsesión del crecimiento, se llama autonomía. Ya hay que dejar de concebir la economía como un edificio construido sobre un único pilar, sino como una aldea formada por muchas casas, cada una totalmente independiente de las otras, cada una